



LOS HIJOS DE EMIGRANTES: UNA MINORIA DOBLEMENTE MARGINADA

Acaba de comenzar el curso escolar, y con él salen a la luz una serie de problemas a los que no acaba de encontrárseles solución, o, en caso de haberla, no se aplica convenientemente. Quizá uno de los irresolubles sea, al mismo tiempo, uno de los menos conocidos. Me refiero a la problemática que afecta a los hijos de nuestros emigrantes.

Es difícil el cálculo real de las familias de emigrantes. En esa aterradora búsqueda por los países industrializados de Europa de los puestos de trabajo aquí inexistentes, las primeras oleadas se componían de hombres jóvenes, en procedencia de las más pobres regiones agrícolas. A medida que avanzaba la década de los sesenta, se intensificaba la salida de

matrimonios y mujeres. En ese millón largo de emigrantes españoles en la Europa de los Diez hay que contabilizar muchas familias con hijos, nacidos en España o en el país de residencia, antes o después de la emigración de los padres. Ningún organismo oficial posee estadísticas referentes al número total de niños en la emigración, pero algunos datos disponibles (como son los 10.000 matrimonios entre españoles que se celebran anualmente en Inglaterra, que es un país que no recibe mucha mano de obra hispana) hacen pensar que deben elevarse a más de los 100.000. ¿En qué situación se encuentran los que podríamos llamar «últimos entre los últimos?».

Los nuevos parias

A nivel vital, su situación es compleja y dolorosa, y viene determinada por el «desarraigo forzoso» que pesa sobre sus padres, reduciendo su capacidad de adaptación a las nuevas condiciones sociales en las que deben desenvolverse. Desconociendo la lengua y circunstancias del país de residencia, poseedores de un bagaje cultural escaso o nulo, contratados para efectuar labores físicas que no exigen preparación previa y no favorecen el ascenso social, trabajando al máximo (aguantando dos turnos o todas las horas extras que les echen) con la única finalidad de ahorrar lo suficiente como para materializar sus sueños-proyectos, discriminados

en las relaciones oficiales tanto como en las cotidianas, en un momento en el que la xenofobia se extiende por toda Europa con las consecuencias de violencia potencial o desatada que provocan todas las actitudes irracionales expresadas de forma colectiva.

Al sentirse rechazado, responde reforzando su sentimiento de diferenciación, negando las formas culturales de quienes le hacen sentirse humillado (desde el idioma a la comida y diversiones) y refugiándose en la unión con los otros emigrantes para recrear ficticiamente las pautas y modos de comportamiento originarios. La tensión que produce esta dicotomía vital, esta negación del mundo exterior para consolar

DEMETRIO ENRIQUE

se con imaginaciones mitificadas, repercute, amplificada, sobre sus hijos, eslabón más débil de la estructura familiar sobre el que se pueden descargar las frustraciones que no se liberan en las actividades sociales. Para agravar la escena, hay una peculiaridad importante: los hijos de emigrantes soportan sus mismas presiones sin conocer otra forma de vida a la que referirse.

Su realidad inmediata son el barrio y la escuela en donde se reúnen con los miembros de otra cultura, a los que tratan de imitar para perder los elementos diferenciativos y poder integrarse en sus costumbres y mentalidad. Su comunicación primordial, la palabra, la desarrollan en el idioma nacional. Al regresar a su casa encuentran que sus padres hablan castellano u otra lengua peninsular, posiblemente de forma diferente y con adopción de barbarismos. Resulta impensable que unos padres con escasos elementos culturales puedan transmitir a sus hijos los conocimientos que les permitan entender la realidad que les toca vivir, de forma sólida y convincente. Sus mundos divergen y sólo un extenso entrenamiento intelectual podría enlazarlos.

¿Y si regresan?

He intentado presentar esta situación objetiva de las familias de emigrantes con el mínimo de sensiblería, sin poder evitar el tono dramático que resulta inherente. La emigración masiva a Europa es un fenómeno actual del que no se han estudiado todavía las consecuencias. La secular emigración a las Américas difería sustancialmente, en cuanto encontraban allí el mismo idioma y cultura, y al no ser muchos los «indianos» que regresaban (a menos que hubiesen triunfado y resuelto su porvenir). El millón de trabajadores españoles en Europa representa el 8 por 100 de nuestra población activa potencial y remiten las divisas que cubren el déficit de nuestra balanza comercial. Muy pocos piensan quedarse definitivamente, sino que se plantean el regresar a los pocos años. Las restricciones a la emigración que en la presente crisis económica imponen casi todos los países europeos receptores de mano de obra pueden evolucionar (ya ha habido precedentes: Alemania, Bélgica flamenca) en el sentido de expulsar o limitar el período de estancia a los inmigrantes ya

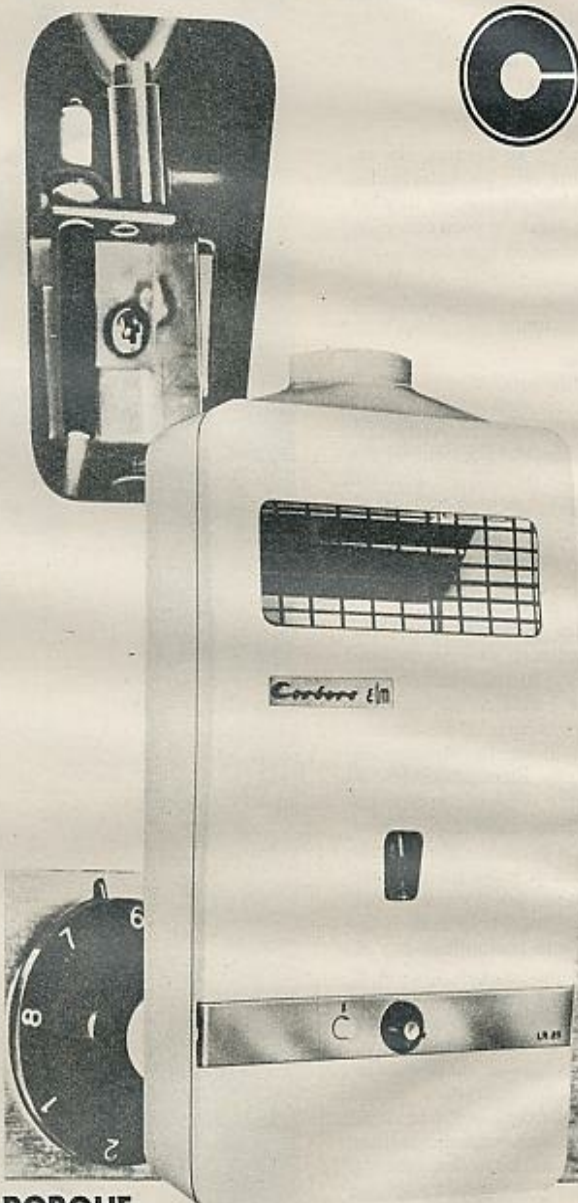
asentados. Por esto, tenemos que contar con un probable regreso de millares de emigrantes en un plazo corto, y no se han previsto los problemas de readaptación que se originarán. Varios años de estancia en el extranjero no pueden dejar de influir sobre quienes los han experimentado, desde su contacto con organizaciones políticas y sociales hasta su acercamiento a espectáculos y medios de difusión sin censura, pasando por su choque con sociedades de moralidad y costumbres más abiertas. No se puede dudar de un conflicto al regreso a una sociedad en la que encontrarán, latentes, los mismos problemas que abandonaron al emigrar. ¿Cómo responderán sus hijos, todos esos niños que pueden andar entre los cinco-once años y que soportan los condicionamientos que antes he descrito, esos ignorados? En cuanto tengan una cierta edad, lo más probable es que se hallen desclasados y se sientan extranjeros en su propio país, al que la asimilación puede resultar inviable.

De hecho, hay que distinguir diferencias cualitativamente marcadas en la política seguida por los diferentes países europeos en lo tocante al fenómeno migratorio. Para Alemania y Holanda, las estancias han de ser de pocos años, y procuran, por todos los medios, favorecer el regreso de los emigrantes. Una pieza clave de su política es ocuparse de la preparación cultural autóctona de los hijos de emigrantes, partiendo de la hipótesis de que son miembros de otro país y otra cultura, a la que han de regresar. Para ello imparten enseñanza y publican libros a cargo de su propio presupuesto de educación, facilitando la continuidad entre los niños y su tradición.

El extremo opuesto se encuentra en Francia, país que absorbe la mayoría de emigrantes españoles (616.750 residentes españoles en 1970, que, si bien hay que descontar los exiliados políticos, a esta cifra se une la de quienes carecen del permiso de residencia, que pueden incluso aumentarla) y que, confrontado a su déficit de población y tasa de natalidad reducida, se había propuesto la política de absorber al emigrante (a menos que su propia crisis social y tasa de desempleo provoque medidas en contra, tal como auguran los lamentables incidentes que se abaten últimamente sobre los trabajadores árabes y que propugnan los mo-

¿POR QUE UN CALENTADOR

Corbero TRABAJA MEJOR?



PORQUE

- Usted no precisará cerillos, tiene encendida piezo-eléctrico.
- La calidad de los materiales y su control riguroso, garantizan su duración.
- Tienen dispositivos de seguridad total, contra fallo de gas, agua y apagado.
- No presenta problemas de adaptación; hay modelos para todas las necesidades.
- No se hace esperar: da agua caliente al instante.
- Es fácil de instalar.

desde luego
Corbero
LA MARCA DE PRESTIGIO
COCINAS · FRIGORIFICOS · CALENTADORES

LOS HIJOS DE EMIGRANTES: UNA MINORIA DOBLEMENTE MARGINADA

vimientos fascistas que forman «Ordre Nouveau»), y para ello se inhiben o dificultan los intentos de educación autóctona de los hijos de emigrantes.

¿Colegios o escuelas complementarias?

Los hechos se agravan sin remedio. Ante ello, las autoridades españolas han establecido un plan de acción, también poco conocido y menos efectivo, que paso a describir:

Claramente se vislumbran dos grandes opciones:

a) Crear escuelas españolas, como las de aquí.

b) Proporcionar enseñanza complementaria sobre cultura española.

La primera de ellas ha cobrado actualidad con una donación particular de cien millones de pesetas para construir colegios en varios países, dedicando, en teoría, diez millones para cada uno. El primero ya está en funcionamiento, en Londres, con diez profesores y más de un centenar de alumnos. Aparte de él, sólo hay uno más, el de La Valette, en Francia, con diez profesores y ciento veinte alumnos, creado en circunstancias especiales. Tanto la donación privada como el funcionamiento de estos colegios son excepcionales, puesto que la política oficial seguida es la de prescindir de esta posibilidad, por el gran presupuesto que exigiría y por la posible creación de «ghetos», que dificultarían aún más la relación entre la colonia española y la sociedad en la que se halle asentada.

La segunda opción fue la elegida, previendo el riesgo de «extranjerización» de los niños, que se combatiría con otras medidas que, por ahora, no se han puesto en práctica.

En el «B. O. del E.» de fecha 4 de agosto de 1969 se crea el Consejo Escolar Primario para la Enseñanza de Emigrantes, quien ha de coordinar las actividades de la Dirección General de Enseñanza Primaria y del Instituto Español de Emigración, con el fin de atender a la educación de los hijos de emigrantes, estableciendo escuelas en las que se impartan «clases complementarias a las de las escuelas del país donde residan, prestando especial atención a la educación religiosa y la en-



señanza de la Lengua, Geografía e Historia españolas» (art. 5-1.2), como forma primordial de acción, convocando las plazas y seleccio-

nando a los maestros que debían regentarlas, estableciendo un baremo sobre las cualidades que deberían reunir los aspirantes.

A partir de la creación del Consejo en el 69, su labor puede concretarse en el número de unidades escolares creadas (cada



A falta de estadísticas puede establecerse una aproximación en la cifra de hijos de emigrantes: 100.000 niños.

unidad significa un maestro contratado):

Alemania	161
Francia	53
Suiza	46
Holanda	21
Bélgica	21
Inglaterra	5
Luxemburgo	2
Suecia	2
TOTAL	311

Estas cifras sólo se pueden considerar estimativas, debido a la escasa cantidad de datos que se poseen en las mismas oficinas del Consejo. Existen escuelas en ciudades distintas atendidas por el mismo maestro; las hay creadas por iniciativa privada, sin poseerse informes de ellas; la movilidad de los trabajadores eventuales, etcétera. Por ello es imposible saber el número de alumnos asistentes, manejándose la cifra de 50.000 alumnos, «que acuden de forma regular» a efectos de planificación. Una idea del problema la da el que haya provincias españolas con menor número de niños escolarizados.

De la teoría a la práctica

Para analizar el funcionamiento de estas escuelas, comencemos por los maestros. La primera selección se hizo de acuerdo con las normas del convenio de creación del Consejo, otorgándoles la misma remuneración que recibirían en España más una gratificación de 20.000 pesetas mensuales, gastos de viaje aparte. A partir de entonces no se realizaron más convocatorias, utilizándose un método más expeditivo para cubrir las plazas vacantes o recién creadas: concederlas a los nombres propuestos por los agregados culturales de las Embajadas, que se referían en su mayoría a personas sin el diploma de maestros, y que trabajaban sin remuneración o por sueldos menores. Se calcula que en la actualidad pertenecen a la primera promoción, la de la convocatoria, una tercera parte del total. Es frecuente la preparación deficiente y su incapacidad de superar las difi-

cultades causadas por las condiciones excepcionales de sus alumnos, que, a veces, se podrán suplir con entrega voluntarista, pero no es suficiente. El mayor servicio que cumplen es el de otorgar la cartilla escolar, con vista a futuras convalidaciones de estudios.

En cuanto a la creación de las escuelas, hay varias fórmulas. Si en una ciudad reside un considerable número de emigrantes, la creación de una escuela de enseñanza complementaria puede ser solicitada por el Consulado más cercano o por alguna organización relacionada con la colonia española. El local puede ser proporcionado por un centro escolar del país del que se trate, por alguna entidad semioficial (Casa de España, Misión Española), o ser alquilado con cargo al Consejo, muchas veces en edificios que no reúnen las condiciones necesarias para el desenvolvimiento de labores educativas. La Embajada proporciona el material escolar disponible, escaso, y

el sueldo del maestro o persona que se encargue.

Después de la jornada normal para los niños, asistiendo obligatoriamente a la escuela del país de residencia, el desplazarse largas distancias para acudir a la escuela complementaria un par de horas, dos o tres veces por semana, les exige un esfuerzo extraordinario, agravado por la falta de medios materiales y su dificultad en entender los mismos textos que se utilizan en la Península.

Si los resultados son pobres en lo que respecta a la General Básica, en el caso del Bachillerato habría que calificarlos de «casi inexistentes». Para este nivel de enseñanza se ha adoptado la modalidad radiofónica, según el método de estudios a distancia. En las localidades que existen muchos alumnos interesados, se envían cintas magnetofónicas a los maestros en función de monitores de Bachillerato. Los exámenes se realizan por profesores de Instituto que se desplazan. Cintas incompletas, falta de material, monitores sobrepasados por el nivel de las materias... Todo ello incide para que el Bachillerato sea casi inalcanzable para los hijos de emigrantes.

El panorama es desolador, incluso comparándolo con las deficiencias escolares que aquí se registran (como esos 100.000 nuevos puestos escolares que necesita Madrid en un plazo de dos años), y lo peor es la dificultad para hallar las medidas que contribuyan a arreglarlo.

Otra voz que clama

La solución ideal, el «desideratum» utópico, por el momento, es evitar la necesidad de emigrar para tantos españoles. Mientras no se materialice (¿continuando con la explotación del turismo como principal fuente de riqueza?), es un deber intentar resolver estos problemas con la urgencia a la que les hace acreedores su aportación esencial a la economía nacional. ¿Aumentar la calidad y cantidad del material pedagógico, exigencia de mayor preparación a los maestros, creación de colonias de vacaciones, intercambios con colegios de aquí, concesiones de becas?...

Si hasta ahora los hijos de los emigrantes han permanecido olvidados, su problemática reclama un poco de imaginación. ■
D. E. Fotos del autor.